LAS MUJERCITAS
HORACIO QUIROGA



Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Publicado en *Fray Mocho,* Buenos Aires, año II, N° 137, diciembre 11, 1914.

Por ejemplo, mi chica mayor, de cinco años, se entretuvo toda la tarde de ayer en remover los cajones del fondo, martirizando a un sapo. Sí, señora, mi mujer dice igualmente que ése es un juego, y a ella también le parece mentira lo que digo. Está convencida de que yo calumnio a mis hijos, y de que pocas veces se habrá visto un hombre más injusto que yo. Recuerde, sin embargo, la mínima parte de sus cosas. Hasta podría hacerse en cuentitos. Vea, por ejemplo:

El nene recibe un paquete, y toda la gracia del regalo está en la sonrisita y la mirada que aquél deja caer sobre su hermano. ¡Pero qué sonrisa! Sobre todo, si la criatura desprovista expresa en gimoteos su desamparo. Por mi parte, no he visto en hombre alguno una expresión de más vil goce torturante que la de esa monada de tres años.

Sigue el mismo caso. El nene se cansó del juguete; evidentemente no le interesa más. Pero la gracia está aquí en alejarse a la distraída del chiche, para detenerse a diez pasos y recuperar la feroz sonrisilla ante el otro pequeño, que creyendo llegado el momento de disfrutar de su parte de goce en esta vida, se encamina con paso inseguro al juguete abandonado. Nuestro héroe salta entonces hasta el chiche y pone sus manos encima.

-¡No, es mío! -grita triunfal.

En estos dos lances, sobre todo, es preciso ver a las mujercitas.

Otro ejemplo. El nene está en cama, indispuesto, y su hermanita, recorriendo gozosa la pieza de un lado al otro, no se cansa de repetir: -El nene no se va a levantar, ¿no, mamá?

Presenta otro aspecto. Esta vez es la nena quien recibe en su sombrerito un moño nuevo. Para que el moño ese sea un adorno de real mérito, es indispensable que el nene continúe con su moño viejo:

-El nene no tiene, ¿verdad, mamá?

Podría ser esto inacabable. Pero de esas personitas no he querido sino recordar el profundo egoísmo, de una profundidad tan clara, ingenua y espantosa, como no se la volverá a hallar jamás en la edad viril. Estoy a mi vez convencido de que los chicos, desprovistos de sus bucles, su gracia y encantos de pequeños monos hermosos y entretenidos, no valen absolutamente nada, y que, por contra, el hombre de moral más desgraciada conserva un exceso de bondad y altruismo comparado con esas bestezuelas divertidas que encarnan a un grado exasperado el egoísmo brutal, sin compasión de ninguna especie, inherente a su condición de cachorros que defienden una vida todavía vacilante, y que son, como todos éstos, el canto de sus madres. ¡Pero, indudablemente! ¡Los quiero mucho! Solamente que yo, en mis hijos, quiero al futuro hombre, y ustedes, las madres, al monito entretenido del momento. Sí, éste es el fuerte de las madres. Está admitido y probado que las criaturas tienen un famoso olfato sicológico y que confiándose a éste, de voz ruda y ademanes bruscos, retiran los brazos de la dama almibarada que se derrite en zalamerías. Es su defensa de cachorros aún prehistóricos, tan vital como su desesperante cautela para probar un plato nuevo. Sin esto, pocos llegarían al año. Pero se equivocan... Sí, casi nunca, lo sé también. Mas cuando lo hacen, pueden echar abajo todo un edificio de vanidad levantado por los padres. Oiga esto, de lo cual he sido forzoso protagonista.

Como mis ocupaciones me tienen todo el día fuera de casa, es claro y natural que mi mujer esté enterada al dedillo de las virtudes de su servicio. Tenemos a veces sirvientas que duran años, y otras que se van a la semana. Ella es, pues, quien enseña, reprende, transige, y echa al final, sin que yo tenga otra intervención que la de soportar filosóficamente las consecuencias. Mi mujer cuenta a veces que en los casos serios tomo parte yo, con una barrida general. Puede ser; pero entre tanto mi mujer reta y disculpa a toda cocinera. Como mi misma mujer se levanta tarde -por lo general a las diez- pasan de mañana muchas cosas que ella no ve; y por poco que su vigilancia se debilite una sola semana, se halla en la despensa, en la cocina, detalles fabulosos, a los que pone coto con una brusca inspección.

El deseo de estas inspecciones suele serle deparado después de mediodía, y si la aventura se desarrolla en el verano, después de la siesta. Hay días malos, influencia del viento norte y jaquecas larvadas, que pueblan el sueño de mal humor, disgustos de sí mismo y de todas las cosas. La persona así martirizada se levanta despeinada, el rostro y los ojos un poco congestionados, y por lo general con las sienes marcadas por algún pliegue del almohadón. Nuestros chicos conocen ya la tormenta casera que indican esas rayas en las sienes y aprestándose ellos mismos, con su súbito juicio, a no servir de pararrayo, se disponen a no perder incidente de la fiesta que prevén.

Precisamente, el día a que me refiero, mi mujer se había levantado de la siesta; yo había quedado en casa, realmente enervado por el viento norte. Apenas los chicos vieron el batón blanco, las mechas sueltas y las sienes marcadas de su madre, enmudecieron. Mi mujer cambió unas bruscas palabras con la sirvienta, miró una copa al trasluz, y la tormenta estuvo encima. Del comedor pasó al dormitorio de los chicos; de allí al nuestro; del nuestro, a la despensa. Excuso decirles que por cada palabra gruñona de la sirvienta, mi mujer le dirigía veinticuatro. Los chicos, entre tanto, sin despegarse dos pasos de su madre, se divertían locamente con la lluvia que caía sobre la sirvienta. Seguíanla a todas partes sin perder un solo detalle, contentísimos.

Agotada la sirvienta, tocóle el turno a la cocinera; la fiesta proseguía maravillosa para los chicos. Pero para mal de sus pecados, la cocina se agotó muy pronto, y su madre los vio detrás de ella.

-¿Y ustedes? -gritó mi mujer-. ¿Qué hacen aquí que no se van a bañar?

Pero nuestra chica mayor, previendo que hasta después de una hora de desahogo materno el baño no podía iniciarse sino de un modo sobrado brusco, retrocedió gimoteando:

-¡Mamá... retá primero a la muchacha!

Mi mujer me alcanzó a ver de lejos, y se echó a reír conmigo. Pero el olfato de la pequeña no la había engañado, porque durante diez minutos la inspección se prolongó todavía, alcanzando holgadamente a la niñera.

El cielo se serenó por fin, y los chicos estimaron que podían ya confiarse pacíficamente al baño. Pero antes de reunirse con su madre vinieron a mí, cansados y gozosos aún de la anterior fiesta, me miraron considerando con filial ternura mi falta de carácter y me dijeron compadecidos:

-¡Pobre papá!... ¡Vos no retas a nadie!